

Mons. Romero: un hombre de este mundo y un hombre de Dios

Jon Sobrino

RESUMEN

Esta homilía, en forma ligeramente abreviada, fue pronunciada el 24 de marzo de 1983 en St. Jame's Church Piccadilly, Londres, en un servicio ecuménico para honrar la memoria de Mons. Romero. Presidieron el servicio religioso el Rvdo. John Satterthwaite, obispo anglicano de Fulham; el Rvdo. James O'Brien, obispo católico auxiliar, Westminster; Rosalind Goodfellow, Moderadora de la Iglesia Reformada Unida; el Rvdo. Fred Wilson, antiguo Presidente de la Unión Bautista; el Rvdo. Norwyn Denny, Presidente de la Conferencia Metodista, y el Rvdo. Andrew Mawson, bautista.

Se recalca en la homilía la obligación de recordar a Mons. Romero ante los intentos de ignorarlo y el gozo de recordarlo por la gratitud de quienes le sienten presente. La raíz de su inmenso influjo actual es vista en esta doble afirmación: Mons. Romero fue un hombre de este mundo y un hombre de Dios. Con ello se ha convertido en un hombre y en un cristiano universal, no sólo para los salvadoreños y para los cristianos, sino también para muchos otros hombres y mujeres alrededor del mundo y para muchos otros de buena voluntad. A través de él el Evangelio mostró su fuerza universal y se mostró también como un Evangelio para nuestro tiempo.

Mons. Romero se ha convertido en Evangelio, en don y buena noticia para muchos hombres. No fue él el influenciado y 'manipulado' por otros; sino al contrario, fue él que —como el Evangelio— nos sorprendió, juzgó y animó a todos.

1. Hoy hace tres años Mons. Romero murió asesinado derramando su sangre ante el altar de Dios. Plenificó así su vida, compartiendo el destino de muchos salvadoreños que mueren asesinados; y plenificó su sacerdocio —como Jesús— ofreciendo no la sangre de corderos, sino su propio cuerpo y su propia sangre. Desde entonces, Mons. Romero se ha convertido en un hombre univer-

sal, un hombre para todas las edades, un símbolo de las esperanzas y de la tragedia del pueblo salvadoreño y un testigo y mártir de la verdad, la justicia y el amor de Dios.

Hoy, tres años después, su muerte y resurrección son celebradas en muchas partes del mundo. Las recordamos porque "recordar" es una obligación y un gozo cristiano. Jesús dijo:

“hagan esto en conmemoración mía”, hablando sobre su propia muerte; y desde entonces millones de seres humanos a través de la historia han recordado aquel trágico momento en que Jesús fue asesinado, fue violentamente privado de su vida por quienes practicaban la injusticia y odiaban la luz. También para nosotros es de suma importancia recordar aquel 24 de marzo en el que el pueblo salvadoreño, tan acostumbrado a noticias trágicas, tan acostumbrado a tener la muerte como compañera, quedó atónito ante la noticia; Mons. Romero, el hombre bueno y compasivo, el defensor de los pobres, la voz de los que no tienen voz, el profeta que fustigó a los opresores, había sido asesinado.

Es importante recordar ese día porque de esa forma no olvidamos ni ignoramos el lado oscuro de nuestra historia humana, la cruz de Jesús y las cruces históricas de tantos miles y millones de personas que mueren cada día, víctimas de los ídolos de la muerte, sean éstos la absolutizada propiedad privada en una sociedad capitalista o los regímenes de seguridad nacional, tal como Mons. Romero describió los ídolos para El Salvador. Es importante que no olvidemos que nosotros, seres humanos, somos capaces de asesinar a nuestros prójimos —Marianella García y los cooperativistas de Sonsonate son sólo ejemplos recientes— y de destruir la creación de Dios.

Pero, por otra parte, “recordar” es también una gozosa obligación, porque es fuente de esperanza. Jesús dijo: “Hagan esto hasta que yo regrese”; y tres días después fue resucitado por el Padre. Mons. Romero dijo: “Si me matan resucitaré en el pueblo salvadoreño”. Y eso es lo que propiamente celebramos hoy: su resurrección, su presencia entre nosotros.

Mons. Romero está presente y muy presente, está resucitado y muy resucitado en el pueblo salvadoreño y en muchos otros lugares en el mundo. Su actual presencia, ciertamente, es como la presencia de Jesús, como una espada de dos filos que divide a los hombres, porque saca a luz las obras malas de los opresores y las obras buenas de quienes buscan la justicia y la paz, da esperanza a los pobres y es una amenaza para los poderosos. Por eso su presencia se nota de formas muy diversas y contrarias.

Hay algunos que todavía hoy tienen miedo a Mons. Romero entre los gobernantes, fuerzas armadas, oligarquía e incluso dignatarios eclesiásticos. Quisieran ignorarlo, reducirlo al silencio, enterrar no sólo su cuerpo sino su espíritu. Hay

algunos que lo alaban hoy como un santo y profeta del pasado, pero que quisieran enterrarlo en el pasado para que no siga resonando su voz. Sólo así puede explicarse el miedo que sintieron por el mero anuncio de que el Papa, Juan Pablo II, visitaría la tumba de Mons. Romero en catedral o el miedo producido por un afiche en que Mons. Romero aparecía junto con el Papa. Mons. Romero parece estar presente y muy presente cuando algunos tienen todavía hoy miedo a que se pronuncie su nombre y se muestre su fotografía. Por ese miedo quieren acallar su nombre. Recuerdan éstos a los líderes religiosos de Israel que ordenaron a los apóstoles “que de ninguna manera hablasen o enseñasen en el nombre de Jesús” (Hech. 4, 18).

Pero hay muchísimos otros cristianos y personas de buena voluntad en todo el mundo para quienes Mons. Romero está muy presente en sus vidas y quienes desean que Mons. Romero siga presente. Estos contestan como los apóstoles: “no podemos nosotros dejar de hablar de lo que hemos visto y oído” (Hech. 4, 20). Estas palabras son la expresión de responsabilidad, pero sobre todo de gratitud. Mucha gente amó a Mons. Romero y muchos le siguen queriendo. Cuando fue asesinado le lloraron como se llora a un padre o a una madre. Ahora hablan de él por amor y por gratitud. Para éstos Mons. Romero está realmente muy presente.

Está presente en todos los que sufren los horrores de la represión y de la guerra; en todos los que buscan fuerza para permanecer fieles a los pobres, al Evangelio y a Dios; en todos los que alrededor del mundo han encontrado en sus palabras y en su vida el sentido de su fe, han redescubierto su propia dignidad de seres humanos, se han decidido a hacerse solidarios con los pobres de este mundo, en tantos campesinos salvadoreños que visitan su tumba para rezar y hablar con él; en todos los que son oprimidos, en los que viven en refugios, en los capturados y torturados, en las madres, esposas e hijos de los desaparecidos, que buscan consuelo, ánimo y esperanza. en todos aquellos para quienes sobrevivir en su tarea cotidiana y morir su destino más próximo; en todos aquellos que en el silencio de su corazón hacen día a día la decisión de acompañar al pueblo sufriente. En todos ellos —y son la mayoría— Mons. Romero está en verdad vivo y presente.

2. Si nos preguntamos ahora por qué Mons. Romero está tan vivo y presente, cuál fue el secreto de este hombre, este cristiano y este arzo-

bispo, se podrían dar sin duda largas y elaboradas respuestas. Yo quisiera resumirlas —a partir de mi contacto personal con él— en una doble afirmación: Mons Romero fue un hombre de este mundo y un hombre de Dios. Miró y amó este mundo con los ojos y el corazón de Dios y aprendió a conocer y a amar a Dios desde las esperanzas y angustias de este mundo; hizo a Dios cercano para este mundo y llevó este mundo a Dios. El tomar absolutamente en serio a Dios y al mundo, y el no romper la seriedad de ninguna de ambas realidades en favor de la otra es lo que, a mi juicio, lo convirtió en un hombre y un cristiano excepcional.

a) Mons. Romero fue un hombre de este mundo. Fue un hombre con quien podía entrar en contacto, fácil y amistosamente, cualquiera que estuviese realmente interesado en los problemas de este mundo. Cualquiera para quien la justicia y la injusticia, la vida y la muerte, los derechos humanos, la paz y el conflicto fueron

asuntos realmente importantes, entraba en sintonía con él.

Este interés real por los problemas graves de la humanidad y el estar realmente cerca de esos problemas es la verdadera actitud encarnatoria. Como Jesús, Mons. Romero se encarnó en este mundo, tomó la carne de este mundo. Pero no cualquier carne, sino la carne de la pobreza, la carne que es débil y frágil, la carne de los pobres y de los oprimidos.

Esta primera característica de Mons. Romero están lejos de ser evidente. No es nada infrecuente que nosotros, cristianos e Iglesias, corramos el riesgo de ignorar o suavizar la encarnación, a veces incluso en el nombre de Dios. No es infrecuente que tratemos de salir de este mundo y sobre todo de lo pobre y débil de este mundo. No fue así con Mons. Romero. Como Cristo, se hizo un hombre de este mundo y un hombre de los pobres; realmente "puso su tienda entre nosotros" (Jn 1, 14).



Estando encarnado en el mundo real descubrió la más profunda verdad de este mundo: la pobreza que clama al cielo. Esta pobreza tenía rostros concretos tan queridos para él: los niños que mueren, los campesinos sin tierra ni derechos, los habitantes de tugurios, los cadáveres torturados de su pueblo, cuyo crimen había sido el deseo de liberarse de la pobreza y la opresión. Esta pobreza tiene también los mecanismos estructurales que la originan y agudizan en forma de opresión y muerte: las estructuras sociales, económicas y políticas injustas, que tanto denunció.

Estos pobres le desgarraron el corazón y nunca se le cerró la herida. El dolor de los pobres penetró hondo en su corazón. Sintió por ello la indignación de un profeta en medio de tanta miseria, tanta injusticia, tanta muerte y tanta hipocresía para justificarlas. Pero los pobres le ganaron también el corazón para siempre. Sintió la compasión y la misericordia de Jesús hacia ellos e hizo de esa compasión y esa misericordia principio directriz de toda su actuación. Como los primeros obispos latinoamericanos, protectores del indio *ex-officio*, como el mismo Dios, abogado de los pobres, Mons. Romero fue el defensor de los pobres.

Como convencido defensor de los pobres —y no simplemente por cumplir un mandato eclesial— hizo la opción por los pobres, por aquellos a quienes Dios llama a través de los profetas “mi pueblo”. Semanalmente denunció las injusticias y atrocidades contra ellos, mencionándolos frecuentemente por sus nombres para recordarnos que los pobres y oprimidos son personas reales, de carne y hueso, hijos de Dios, cuyos nombres él conoce. Desenmascaró también semanalmente a los responsables de la injusticia y la opresión y los intereses que defendían, nombrándolos también para exigirles la conversión y ofrecerles la buena noticia del amor de Dios a través de la conversión. Denunció también —lo cual no sucede tan frecuentemente— los pecados de la Iglesia, nuestra propia participación en el pecado del mundo.

Repitió incansablemente y con la terquedad de la esperanza la absoluta necesidad de la justicia, de los cambios y reformas radicales. Animó a todos —creyentes o no creyentes— a trabajar y a luchar por la justicia que hace más cercano a nosotros el reino de Dios. Cuando estalló el conflicto armado en El Salvador hizo todos los esfuerzos posibles para encontrar una solución

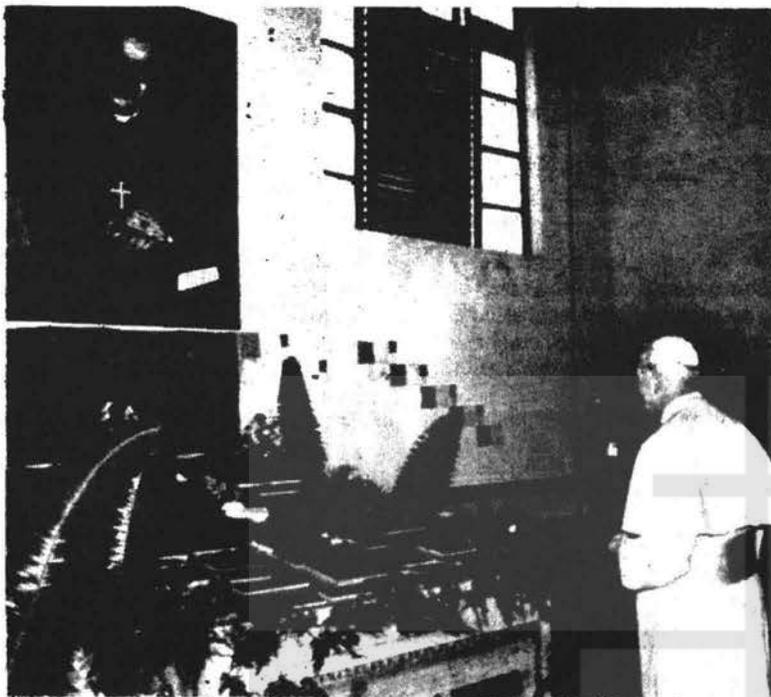
que trajese la paz y la reconciliación, pero sobre todo la justicia para los pobres.

Finalmente, Mons. Romero fue un hombre de este mundo porque participó en el destino de su pueblo y en el destino —lento o rápido— de millones de seres humanos en la humanidad actual: la muerte. En vida fue frecuentemente amenazado y perseguido, y previó su propia muerte. Pero nada de esto lo separó de su pueblo. Cuando le ofrecieron seguridad para su persona, contestó: “el pastor no quiere seguridad mientras no le den seguridad a su rebaño” (22.7.1979). Al final fue asesinado como tantos en su pueblo. Su muerte fue ciertamente el signo de su total fidelidad a Dios, pero fue también el signo de su total encarnación en este mundo. Como dijo un mes antes de su propia muerte: “La Iglesia sufre el destino de los pobres: la persecución” (17.2.1980).

Al mezclar su sangre con tanta sangre derramada en El Salvador y en todo el mundo Mons. Romero se convirtió definitivamente en un hombre de este mundo y en un hombre de nuestro tiempo. Porque vivió y murió así se convirtió también en un hombre para nuestro tiempo. Esto explica su impacto no sólo en El Salvador ni sólo entre los cristianos, sino también en todo el mundo y entre hombres de otras creencias e ideologías. A través de su forma cristiana de ser hombre mostró también simplemente lo que hoy debe significar ser hombre en nuestra humanidad. Por ello están muy cerca de Mons. Romero todos aquellos que —como él mismo dijo minutos antes de ser asesinado— “trabajan así, regando verdades, justicia, amor, bondades en la tierra” (24. 3. 1980).

b) Siendo un hombre de este mundo Mons. Romero fue realmente un hombre de Dios; creyó y confió en Dios. Realizó algo tan sencillo y tan profundo como la fe. Si esa fe pudiera darse por supuesta, por ser un sacerdote y arzobispo, la profundidad de su fe no puede darse por supuesta. Y esa fe profunda nos sorprendió, nos juzgó y nos animó.

Su fe en Dios nunca lo separó ciertamente de este mundo. Por el contrario fue precisamente su Dios quien lo introdujo con fuerza en este mundo. Para Mons. Romero era realmente Dios quien le hacía las preguntas fundamentales: “¿qué has hecho de tu hermano?” (Gen 4, 9ss), ¿estás, como María, al pie de la cruz de Jesús y de tantos crucificados de hoy? Pero al mismo tiempo Mons. Romero estaba convencido de que



Mons. Romero está muy presente. Su actual presencia es como la de Jesús, como una espada de dos filos que divide a los hombres, porque saca a luz las obras malas de los opresores y las buenas de quienes buscan la justicia y la paz.

nada podía reemplazar el encuentro del hombre con Dios, o de forma explícita, por lo que él trabajaba como sacerdote, o de forma implícita, en la fidelidad al Espíritu de Dios que está presente más allá de las fronteras de la Iglesia. "Ningún hombre se conoce mientras no se haya encontrado con Dios... Quién me dijera, queridos hermanos, que el fruto de esta predicación de hoy fuera que cada uno de nosotros fuéramos a encontrarnos con Dios" (10.2.1980).

El Dios de Mons. Romero fue ciertamente el Dios de Jesús. Un Dios por lo tanto que es Padre, bueno para los hombres, que tiene una buena noticia para ellos. Un Dios, sobre todo, de los pobres que los defiende y los ama por el mero hecho de serlo, que oye los clamores de su pueblo y baja del cielo a liberarlos. Un Dios que ama con cariño y ternura a todo lo que es considerado y despreciado como pequeño, débil, sin poder. Un Dios cercano a los pobres, tan cercano que se hace presente en la cruz para mostrar que participa en el sufrimiento de las víctimas y para hacer

así definitivamente creíble su amor. Un Dios que resucita al crucificado y sella para siempre la validez de la esperanza de los pobres.

En ese Dios creyó Mons. Romero. Para mostrar el gran amor de Dios repitió una vez la conocida sentencia de San Ireneo: "La gloria de Dios es el hombre que vive"; y la tradujo para El Salvador diciendo: "la gloria de Dios es el pobre que vive". Dios realmente quiere la vida y no la muerte. Por ese Dios tomó partido, tomando partido por la vida y luchando activamente contra los ídolos de la muerte, pues esas falsas divinidades no son sólo distintas —admitibles, por lo tanto, en un pluralismo de divinidades— sino contrarias al verdadero Dios. Su fe en Dios Padre lo movió a ser servidor de la vida, de la justicia, de la paz y de la esperanza. Pero al realizar esa fe en profundidad mostró el amor de Dios, hizo a Dios muy cercano entre nosotros.

Por otra parte, su fe en un Dios que es Padre no le hizo olvidar que ese Padre sigue siendo Dios, mayor que todo, mayor que nosotros mis-

mos, que nuestras iglesias, que nuestras esperanzas, que nuestras propias buenas obras, que nuestras ideas sobre él. Es un Dios a quien siempre hay que buscar, aun cuando ya se le haya encontrado, cuya voluntad debe siempre ser discernida, a pesar de lo que conocemos de él a través de la revelación en el pasado, de las doctrinas de la Iglesia y de las diferentes teologías. Es un Dios, en definitiva, cuyo Espíritu sopla donde quiere, no necesariamente donde nosotros lo esperamos.

La fe de Mons. Romero en ese Dios significó para él, **personalmente**, que tenía que aprender siempre de nuevo sobre Dios, que tuvo que aprender a creer en Dios, que tuvo siempre que preguntarse de nuevo por la voluntad de Dios en situaciones nuevas de pobreza, conflicto, represión, de cristianos que se organizaban políticamente, de las implicaciones sociales y políticas de su propia actuación y de la actuación de la Iglesia, de las nuevas tendencias teológicas, de concretar en suma los signos de los tiempos, admirablemente reconocidos en Medellín: la miseria que clama al cielo y los anhelos de liberación.

Significó también que muchas veces estuvo solo ante Dios, gimiendo como Jesús (Hebr 5,7), pidiendo que le comunicase su voluntad y le diera la fuerza para llevarla a cabo. Significó estar muchas veces solo dentro de la Iglesia institu-

cional, mal interpretado o atacado, incluso por algunos hermanos obispos.

Significó por último que se sintió, en último término, enviado por Dios y responsable ante sólo Dios, y que por ello tenía que hablar en nombre de Dios. No fue, pues, sólo la fuerza retórica que quería imprimir a sus palabras, sino la convencida conciencia de su responsabilidad ante Dios lo que le movió a decir: "En nombre de Dios, pues, y en nombre de este sufrido pueblo cuyos lamentos suben hasta el cielo cada día más tumultuosos, les suplico, les ruego, les ordeno, en nombre de Dios: ¡Cese la represión!" (23.3. 1980).

La fe en ese Dios significó **estructuralmente** que Mons. Romero nunca adecuó ningún proyecto humano concreto con la plenitud del reino de Dios, lo cual no lo llevó a relativizar a todos por igual —el proyecto de la oligarquía, el proyecto del gobierno y el proyecto de las organizaciones populares—, pero sí a medirlos según su distancia con el reino de Dios. Por esa razón, condenados fuertemente los dos primeros, criticó también los errores y fallos del proyecto popular, temiendo no tanto que existieran los inevitables fallos humanos en ese proyecto, sino que se ignoraran o disimularan en principio. La fe en la absoluta verdad de Dios es lo que lo llevó a descubrir esos fallos y a mencionarlos.



Al mezclar su sangre con tanta sangre derramada en El Salvador y en todo el mundo, Mons. Romero se convirtió en un hombre de este mundo y en un hombre de nuestro tiempo.



Mons. Romero fue un hombre de este mundo y un hombre de Dios, como lo han sido los grandes santos y como lo fue Jesús, en quien se realizó el milagro de la absoluta unidad de mundo y Dios. Esa unificación sin identificación es lo que hizo a Mons. Romero excepcional.

Pero en último término ofrecía su fe en Dios no sólo porque éste nos juzga a todos y nos descubre nuestros pecados, sino porque ese Dios anima a su superación, pone siempre la meta del ideal. Mons. Romero creyó que toda verdadera utopía tiene su fuente en Dios y que, por esa razón, la utopía irrealizable tiene su propia fuerza para realizarse, aunque sea parcialmente, en la historia. Para Mons. Romero Dios fue la fuente de la justicia, la verdad, el reino; y la fuente también de la paz, la misericordia y la reconciliación. Cuán difícil, sino imposible, es para nosotros trabajar por cada una de estas cosas, y cuánto más difícil es trabajar por todas ellas simultáneamente, es de sobra conocido. Pero Mons. Romero nunca desesperó ni cedió en su tarea utópica de humanizar la historia y sus hombres y mujeres a través de esta fe en Dios. Creyó firmemente que con Dios se humaniza más y mejor la historia de los hombres, que dejando a Dios ser Dios los hombres y mujeres de este mundo mejor realizan su vocación, su responsabilidad, mayor es el sentido de sus propias vidas y el gozo de pertenecer a esta humanidad.

Esto es lo que queremos decir al afirmar que Mons. Romero creyó en Dios. No sólo que fue un hombre, un sacerdote y un arzobispo de profunda piedad; no sólo que —por así decirlo— fue un profesional experto en asuntos religiosos; no sólo que cumplió a cabalidad con su ministerio arzobispal; sino más profundamente que Dios fue para él una realidad viva en quien confió y descansó como Padre, a quien obedeció siempre como Dios. Como para Jesús, Dios fue para Mons. Romero el origen de su inspiración y motivación, y la meta de su anhelo e ideal. Entre ese origen y esa meta pasó tres años haciendo el bien, caminando humildemente con los pobres y con Dios (Miq 6, 8), ofreciendo a Dios su vida por los pobres.

3. Esto es lo que en mi opinión fue Mons. Romero. Ciertamente muchas otras cosas pudieran y debieran decirse de él. Podríamos mencionar su liderazgo eclesial y nacional, sus muchas visitas a las comunidades, su doctrina pastoral y teológica, el modo de recuperar eficazmente a los pobres en la Iglesia y el hacerlos algo central para ella, el impacto de su ministerio más

allá de El Salvador y de Centroamérica. Podríamos mencionar su novedoso, cariñoso y crítico acompañamiento de los procesos populares, su presencia en todos los conflictos, grandes y pequeños, sociales y políticos, durante sus tres años como arzobispo, y muchísimas más cosas; pues también en este caso, como en Jesús "si se contarán una por una pienso que ni todo el mundo bastaría para contener los libros que se escribieran" (Jn 21.25).

Tratando de sintetizar en dos frases lo que fue Mons. Romero he preferido decir simplemente que fue un hombre de este mundo y un hombre de Dios, como lo han sido los grandes santos y como lo fue Jesús, en quien se realizó el milagro de la absoluta unidad de mundo y Dios. Esa unificación sin identificación es lo que hizo a Mons. Romero excepcional. A través de él el Evangelio se convirtió en palabra de buena nueva para los pobres y en palabras exigentes para los poderosos. A través de este hombre de este mundo y para este tiempo, el Evangelio, una vez más, se hizo un Evangelio para nuestro tiempo y mostró que es en verdad un Evangelio para todos los tiempos.

Si se me permite para terminar una única consideración autobiográfica, quisiera añadir que fue Mons. Romero, para mí y para muchísimos otros, quien nos mostró el Evangelio con fuerza

y a través de quien el Evangelio se hizo fuerza para nosotros, quien nos sacó de nuestra casa, de nuestros lugares establecidos en la vida religiosa, en el sacerdocio o en la teología, para caminar hacia lugares desconocidos, pero sabiendo que caminábamos con Dios y hacia Dios. No fue Mons. Romero el hombre bueno, pero grandemente influenciado y por ello manipulable, como se oye por ahí a quienes quieren explicar su actuación sin seguir sus pasos. Por el contrario, Mons. Romero fue un don para nosotros; él fue el que nos hizo violencia al presentarnos con toda claridad el Evangelio de Jesús y el que nos ha animado con su ejemplo a que la pesada carga del Evangelio se haga ligera.

Quisiera terminar pidiendo a Dios que el Espíritu de Mons. Romero se haga cada vez más presente y eficaz entre nosotros. Si seguimos sus pasos estaremos ayudando a la causa de la justicia y de la paz, de la verdad y del amor; estaremos ayudando a denunciar las atrocidades, la destrucción y la represión, a acortar y humanizar las guerras; estaremos defendiendo las causas de los pobres en todo el mundo y ciertamente, allí en El Salvador, la causa de un pueblo a quien Mons. Romero tanto amó y por el que dio su vida.

